

18/5/2007

Eduardo García Silva.

ULTIMÁTUM.

El lunes 16 de abril un limonero conecedor de tangas responsabilizó a los diputados que discuten sobre la despenalización del aborto de "iniciar el holocausto en nuestro país" (ver La Jornada de hoy martes 17 de abril de 2007 en la sección "Capital", artículo: "Descarta Gobernación hechos delictivos en declaraciones de norberto Rivera"). ¿Qué estaría pensando Serrano Limón? ¿que en verdad son los diputados quienes comenzarían una masacre -no es eso un holocausto-?, ¿o estaba amenazando con iniciar él y Provida -mejor conocido como "Prosida"- una serie de movilizaciones que acabarían en muertes? ¿Sabrá realmente las dimensiones que tiene un holocausto? Lo importante e inquietante es que son exáctamente la misma actitud y las mismas amenazas hipócritas que lanzaron los fanáticos religiosos en 1926, justo antes de que iniciara la guerra cristera, guerra que efectivamente cobró miles de vidas, entre ellas, las de muchos maestros que fueron acusados y juzgados como herejes y por lo mismo ejecutados por los piadosos cristianos. Es cierto que también hubo abusos y asesinatos de parte de los soldados; pero, ¿cómo empezó todo?.

El gobierno de Calles acabó de establecer las reformas que se venían dando desde 1857 con respecto a la separación Iglesia-Estado, lo que enfureció a los sacerdotes, quienes de inmediato anunciaron a los cuatro vientos que cerrarían los templos y se suspenderían los servicios religiosos para así presionar al gobierno por medio de los creyentes que demandaban la respuesta al gobierno (o sea, que cediera a los deseos de la Iglesia sobre la Constitución), por lo que parecería que el verdadero culpable era el gobierno, por intransigente e intolerante. La verdad es que en ningún momento se prohibió llevar a cabo actos religiosos, las iglesias continuaban con todo su derecho de oficiar misas las veces que quisieran. Lo que se reguló fue su participación en la política, el número de sacerdotes por zonas específicas y las manifestaciones religiosas fuera de los templos. Eso fue lo que bastó y sobró para que se lanzaran alaridos desde los púlpitos convocando a la feligresía a tomar parte activa -y armada- en el asunto; y fue precisamente la feligresía quien acabó poniendo principalmente el mayor número de muertos mientras los cardenales, obispos, arzobispos, etc, continuaban en sus iglesias dando órdenes y creando grupos y asociaciones que continuaran la lucha armada aunque oficialmente siempre lo negaron. Al final acabaron negociando con el gobierno y dando la espalda a quienes habían luchado por ellos. Hoy ya se comenzaron a escuchar esos alaridos que demandan tolerancia y dicen defender la vida (¿la de quién?), a costa

de la vida misma. Ya ser-ano nos prometió el holocausto, ya sólo faltan los "Sieg, Heil" y una persignadita. Ante esto un arma infalible: la verdadera tolerancia, la escucha y la palabra.

México, D.F., Coyoacán.